

La compasión

Respuesta de Dios al sufrimiento

Lidia Rodríguez



1. Introducción. La lucha de Job

Como hiciera Jacob, Job luchará con Dios a lo largo de varios capítulos: pide un árbitro – mokhiaj– , más tarde exigirá un testigo –’ēdh– en la discusión , y finalmente un liberador – gō’ēl– . No es casualidad que encontremos la expresión “ceñirse los lomos” dos veces, que equivale a disponerse para una tarea difícil:

Ahora cíñete la cintura como un hombre: yo te preguntaré y tú me contestarás. (Job 38,3; 40,7)

¿Puede Job seguir hablando de un Dios bueno desde su experiencia de sufrimiento? Sí, pero para ello tendrá que pasar por una primera etapa de lamentación, ampliar su mirada hasta encontrar a otros pobres y dolientes de este mundo, para reconciliarse finalmente con el Dios de buena voluntad que gobierna el mundo.

La respuesta de Job es sincera y honesta con Dios, pero le falta profundidad, porque corre el peligro de proyectar la imagen de un Dios sádico, cruel. Job lucha con Dios y exige respuestas. Dios le responderá, pero no dando razón del por qué, ni siquiera del para qué del sufrimiento. ¿A qué dan respuesta entonces las palabras del Señor? Dios hablará de forma imprevisible y sorprendente. No alude a la existencia de pecado en Job –como habían hecho sus amigos– ni a la razón de su dolor –como pretendía Job–. Su primer discurso insiste en que Su plan abarca toda Su creación y nada escapa a Su gobierno bondadoso; el segundo subraya que ese gobierno que ejerce sobre el cosmos es justo.



A nosotros, como lectores modernos del libro, estas respuestas nos pueden resultar desconcertantes, pero es evidente que Job entiende perfectamente el sentido de sus palabras, porque responde así a los discursos de Dios:

Entonces respondió Job al Señor y dijo: "Yo soy vil, ¿qué te responderé? ¡Me tapo la boca con la mano! (Job 40,3-4)

Respondió Job al Señor y dijo: "Yo reconozco que todo lo puedes y que no hay pensamiento que te sea oculto. "¿Quién es el que oscurece el consejo?". Así hablaba yo, y nada entendía; eran cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía. Escucha, te ruego, y hablaré. Te preguntaré y tú me enseñarás. De oídas te conocía, mas ahora mis ojos te ven. Por eso me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza". (Job 42,1-6)

¿Cómo podríamos desentrañar estos discursos de Dios que se encuentran al final del libro de Job? A continuación vamos a intentar resumir cada uno de ellos, y terminaremos con una tercera nota cristológica –que habla de Jesucristo–, fundamental para comprender el sufrimiento desde la fe cristiana. Pero antes vamos a trabajar en grupos unos textos de Job y de los Salmos.

Preguntas para trabajar en grupo

1. Tras las quejas de Job por tanta injusticia en el mundo, Dios le lanza un desafío en 40,6-14. Explícalo con tus propias palabras.
2. ¿Qué aconseja Dios a sus hijos en el Salmo 37,7-11? ¿Qué promesa encontramos en estos versículos?

2. Primera respuesta de Dios en Job: “Yo soy el Creador, y actúo por mi buena voluntad. Pero tú no puedes pretender comprenderlo todo”

Job había cuestionado los planes de Dios; le parecían injustos, incluso crueles. Pero en los capítulos 38-39 va a desvelarse que los designios –’ēs[מַשְׁפָּטִים]– de Dios –o lo que es lo mismo, Su intervención en la historia– se guían por Su amor gratuito. La primera respuesta nos muestra a un Dios creador, que se impone al caos, establece límites e impone un orden bueno, todo lo cual supera con creces las capacidades humanas de actuación en el mundo:

"¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? ¡Házmelo saber, si tienes inteligencia! ¿Quién dispuso sus medidas, si es que lo sabes? ¿O quién tendió sobre ella la cuerda de medir? ¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿O quién puso su piedra angular, cuando alababan juntas todas las estrellas del alba y se regocijaban todos los hijos de Dios? "¿Quién encerró con puertas el mar, cuando se derramaba saliéndose de su seno, cuando yo le puse nubes por vestidura y oscuridad por faja? Yo establecí para él los límites; le puse puertas y cerrojo, y dije: "Hasta aquí llegarás



y no pasarás adelante; ahí parará el orgullo de tus olas". ¿Has dado órdenes a la mañana alguna vez en tu vida? ¿Le has mostrado al alba su lugar, para que ocupe los confines de la tierra y sean sacudidos de ella los malvados? (Job 38,4-13)

Génesis 1 ya nos enseña que Dios hizo buenas todas las cosas y las hizo por Su iniciativa amorosa. Por tanto, la clave para entender la actuación de Dios no es la retribución – como creían los amigos de Job–: ésta sólo puede dar lugar a una relación interesada con Dios y con los demás. La respuesta se encuentra en la iniciativa y el cuidado amoroso que el Creador muestra por todo lo creado.

Además, los discursos de Dios señalan que no todo lo que existe fue hecho para la utilidad inmediata del ser humano. No podemos juzgarlo todo desde nuestro punto de vista, como si el universo entero girase en torno a mí:

"¿Quién dio libertad al asno montés? ¿Quién soltó sus ataduras? Yo le di por casa el desierto, puse su morada en lugares estériles. Él se burla del bullicio de la ciudad y no oye las voces del arriero. En lo escondido de los montes está su pasto y anda buscando toda cosa verde. "¿Querrá el búfalo servirte a ti o quedarse en tu pesebre? ¿Atarás tú al búfalo con coyunda para abrir el surco? ¿Irá en pos de ti labrando los valles? ¿Confiarás en él porque es grande su fuerza? ¿Le encomendarías tu labor? ¿Lo dejarías recoger el grano y juntarlo en tu era? (Job 39,5-12)

Es cierto que Dios tiene un plan, pero éste no puede ser abarcado por el entendimiento humano, hasta el punto que podamos calcular y prever Su acción hasta en sus últimos detalles. La conclusión al primer discurso de Dios sería ésta: es imposible discernir hasta el fondo las razones de la actuación de Dios, no podemos predecir –y mucho menos manejar– los actos de Dios. En definitiva, Dios es libre.

Como Job, nosotros hemos de pasar de una forma de entender la fe que condiciona y calcula la acción de Dios –en definitiva, que cree que conoce hasta sus últimos detalles las razones de Su actuación y por tanto la domina– a la fe que reconoce la iniciativa libre de Su amor.

Como hemos dicho al principio, el discurso de Dios sumirá a Job en el silencio. Si para éste el mundo era un caos en manos de los malvados, Dios le hace ver que se trata de un cosmos guiado por Su sabiduría y continuamente recreado por Él; no es fruto de la disposición de los malos, sino de la justicia divina.


Ésta es una primera gran lección para nosotros, y a menudo difícil de aprender. No siempre vamos a encontrar razones o soluciones al sufrimiento; hay momentos en los que la única respuesta posible es callar ante Él.

Nuestra espiritualidad suele consistir en hablar a Dios: oramos, cantamos, compartimos,... y esto es bueno; pero hemos perdido el silencio como otra forma de estar en la presencia de nuestro Dios; el silencio incluso nos incomoda. Pero en los salmos aprendemos que el silencio es precisamente la mejor actitud de aquel que sufre y aguarda la intervención futura del Dios –como le sucediera a Job–:

Guarda silencio ante el Señor y espera en él. No te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace lo malo. Deja la ira y desecha el enojo; no te excites en manera alguna a hacer lo malo, porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en el Señor heredarán la tierra, pues dentro de

poco no existirá el malo; observarás su lugar, y ya no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra y se recrearán con abundancia de paz. (Salmo 37,7-11)

3. Segunda respuesta de Dios en Job: “Yo quiero que reine el bien, la paz y la justicia, pero he dado a mi creación la libertad para elegir”

Si en el primer discurso la sabiduría del creador confunde a Job, en el segundo se alude a la soberanía de Dios y a Su lucha constante contra el mal. En los capítulos 40-41 se aborda directamente el problema de la justicia, del derecho –mishpat – de Dios.

El Señor rechaza que se minimice o que se justifique el mal, como hacen los amigos, pero también que se le acuse de indiferente ante el sufrimiento o de ser neutral frente al mal. Dios quiere que reine la justicia y el bien, pero respeta la libertad con que dotó a lo creado y no quiere imponerla por la fuerza. El Dios todopoderoso de los capítulos anteriores es al mismo tiempo el Dios que respeta la libertad humana, incluso cuando ésta nos lleva a pecar.

Posiblemente, una de las mayores tentaciones de los seres humanos es pretender saber hacer mejor las cosas que el propio Dios –véase Génesis 3–. Creemos que nosotros sí sabríamos imponer la justicia, la paz, el orden,... Incluso hay una película que ironiza con este tema del famoso actor cómico norteamericano Jim Carrey, *Como Dios*.

He aquí la respuesta de Dios ante el engrimiento humano:

¿Tienes tú un brazo como el de Dios? ¿Truena tu voz como la suya? "Adórnate ahora de majestad y alteza, vístete de honra y hermosura. Derrama el ardor de tu ira; mira a todo altivo y abátelo. Mira a todo soberbio y humíllalo, y destruye a los impíos dondequiera que estén. Entiérralos a todos en el polvo, encierra sus rostros en la oscuridad. Entonces yo también declararé que tu diestra puede salvarte. (Job 40,9-14)

Lamentablemente, nuestra forma de actuar siempre acaba coartando la libertad del otro, callando la opinión contraria a la nuestra, prohibiendo al prójimo decidir por sí mismo. Pero Dios respeta al ser humano, como acabamos de decir, incluso cuando su libertad le lleve a pecar.

Es ahora cuando la actitud de Job cambia, cuando se deja transformar por Él. A pesar de ser un hombre justo y temeroso de Dios –es decir, religioso– Job confiesa que sólo conocía a Dios de oídas. Únicamente al reconocer el misterio de la vida y la cercanía de Dios encuentra Job salida a su dolor. En su respuesta, Job reconoce que Dios tiene planes y que éstos se realizan por Su poder.

Ahora descubre aspectos insospechados de Su justicia. En su encuentro gozoso con Dios, Job se arrepiente de su actitud acusadora. Renuncia a su queja al darse cuenta de que la gracia y el amor que Dios muestra no le convierten en un dios arbitrario ni desmerecen la búsqueda de la justicia.

Dios no justifica el mal, ni da razón de él, pero sí se implica: Dios no deja abandonado al ser humano ante la experiencia de sufrimiento. El horizonte para experimentar el dolor es



la confianza en el amor y la gratuidad de Dios. Como Job, sólo a la luz de la buena voluntad de un Dios que nos ama podemos vivir el sufrimiento.

Para los cristianos, este Dios que nos acompaña tiene un rostro muy concreto, el de Jesús de Nazaret. Y esto nos conduce a la tercera respuesta de Dios, que no se encuentra en Job, sino en la persona de Jesucristo.

4. Tercera respuesta de Dios en Jesucristo: “Yo sé cuánto sufres, porque yo también he sufrido”

Para nosotros debería resultar más fácil hablar de un Dios bueno, porque creemos en un Dios que envió a Su hijo por amor, y por amor murió crucificado. Creemos y confesamos que Jesús se entregó por nosotros para liberarnos del peso de la culpa; en términos clásicos evangélicos, hablamos del perdón de nuestros pecados. Pero Jesús, y el Padre con él, hicieron algo más en el Gólgota: sintieron con nosotros nuestro sufrimiento, Dios se solidarizó en Su Hijo con el dolor humano.

Este punto merece que le prestemos una atención especial, porque no se trata de una mera cuestión de matices o de juegos intelectuales; sus consecuencias para cómo entendemos la espiritualidad y, en concreto, la experiencia del dolor son enormes. La teología católica más conservadora le da la vuelta a la idea del párrafo anterior y afirma lo siguiente: ¿Dónde está el sentido del sufrimiento? En que los seres humanos participamos de los sufrimientos de Cristo. Por ejemplo, Isabel de la Santísima Trinidad dice:

Gracias al sufrimiento podemos dar nosotros algo a Dios.

Para quienes hemos visto la famosa y polémica película de Mel Gibson, me gustaría resaltar que el trasfondo teológico de la película es el mismo. El propio director se sorprendió de que la película tuviera tan buena acogida en círculos evangélicos, porque la teología que hay detrás es de las más integristas que existen hoy en el ámbito católico. Da la impresión, tras ver las innumerables torturas a las que es sometido, que Jesús gana nuestra salvación por el dolor físico que soporta durante esas últimas horas de vida. Y ya que Jesucristo acumuló méritos a través de ese dolor, nosotros podemos añadir a ese caudal de sufrimiento el nuestro.

Esa misma idea, o algo disfrazada, se ha “colado” en nuestra forma de pensar la vida, la fe y la espiritualidad, y con ello cometemos un gravísimo error. Parece como si el sufrimiento nos purificara a modo de crisol haciéndonos mejores personas, o que nos acercara más a la divinidad; para sustentar esta idea se emplean textos bíblicos que tergiversan peligrosamente el contexto –por ejemplo, confundiendo el sufrimiento que se produce en el seguimiento de Jesús con el que afecta a todo ser humano, como la enfermedad, la muerte, la injusticia– ; o bien empleando de forma descontextualizada textos sapienciales del Antiguo Testamento que no se interpretan a la luz de la experiencia propiamente cristiana, es decir, la de Jesús de Nazaret.

El sentido del sufrimiento no se encuentra en que los seres humanos participamos de los sufrimientos de Cristo. Todo lo contrario: su sentido se encuentra en que Dios participa de nuestro sufrimiento en la entrega de Su Hijo en la cruz. El anterior es un modelo de

espiritualidad totalmente antievangélico y muy peligroso, porque convierte el sufrimiento en una ofrenda en manos de Dios. Todo sufrimiento humano, del tipo que sea, podría llegar a tener incluso un sentido redentor, salvador. Esto hizo que, siglos atrás y hasta hace no mucho tiempo, los creyentes buscaran intencionadamente el dolor físico como vía de acceso a Dios: flagelaciones, cilicios,... Hay al respecto una anécdota muy curiosa de la famosa Santa Teresa de Jesús, quien de niña quería ir a tierra de moros, no para evangelizar, sino para sufrir martirio por la fe.

No podemos ni debemos volver a esas antiguas formas enfermizas de entender la fe, asociadas al martirio y a la búsqueda voluntaria de sufrimiento. Los cristianos no podemos defender esta forma dolorista o masoquista de entender la vida. El sufrimiento no es un don de Dios, sino parte inevitable de la vida humana; como dijimos en la introducción, el único sufrimiento querido por Dios es el que surge de la lucha contra el sufrimiento. Dios sólo quiere el sufrimiento cuando es el resultado de una forma de vivir que no soporta que la gente sufra, el que surge del seguimiento de Jesús.

Nuestra salvación es la historia del sufrimiento del amor apasionado de Dios. Nosotros creemos en un Dios apasionado, en dos sentidos: porque nos amó con un amor infinito, y porque sufrió con la humanidad. La tercera gran lección en Jesús es que el Dios en el que creemos, el Dios de Jesucristo, es solidario con los pecadores y con las víctimas. Con los pecadores, porque carga con el pecado y la culpa; con las víctimas, porque carga con el sufrimiento del mundo.

Un teólogo y pastor alemán, Dietrich Bonhoeffer, que murió en la cárcel bajo el régimen nazi por oponerse a Hitler, lo resumió del siguiente modo:

Sólo el Dios sufriente puede ayudar.

5. Conclusión

A través de los diversos diálogos del libro, de un Dios sabido y hasta encasillado en una forma concreta de actuar en el mundo ha surgido un Dios libre, imprevisible y misterioso.

Ante las preguntas humanas que tratan de encontrar al culpable del sufrimiento, Dios no responde acerca del origen, la legitimidad o el sentido del sufrimiento, sino de la actitud que debe adoptar el ser humano ante él. El proceso que ha experimentado Job nos enseña cuál es el itinerario del creyente que sufre.

A menudo no sabemos por qué ni para qué permite Dios el dolor, y aunque lo supiéramos, ¿nos ayudaría a vivirlo? C. S. Lewis dice al respecto tras la muerte de su mujer:

¿Acaso espero que disfrazando de pensamiento a mi sentir voy a sentir menos intensamente? ¿No son todas estas notas las contorsiones sin sentido de un hombre incapaz de aceptar que lo único que podemos hacer con el sufrimiento es aguantarlo? Un hombre empeñado en seguir pensando que hay alguna estrategia capaz de lograr que el dolor no duela.

Podríamos concluir diciendo: el sufrimiento escapa a la discusión; es un misterio de la vida humana, que tarde o temprano nos llega todos. No siempre tendremos respuestas al por



qué o al para qué, pero Dios nos muestra en Job cuál ha de ser nuestra actitud como cristianos maduros.

¿Podemos arrojar luz sobre esa “sombra de la desgracia” que acompaña a todo sufrimiento humano? La fe no alcanza a dar razón de todo –por eso es fe–, pero sí nos ayuda a vivir la pena. Sólo cuando descubrimos dónde está Dios y percibimos Su presencia en nuestro sufrimiento, entonces podemos convertirlo en una plataforma que nos empuja hacia algo mejor. Quien cree en el Dios que sufre con nosotros reconoce su sufrimiento en Dios y a Dios en su sufrimiento. En la comunión con ese Dios apasionado encontramos la fuerza que nos permite permanecer en el amor en medio del dolor y la pena, sin amargura y sin cinismo.

Entre tanto vivimos en este mundo caído e imperfecto, esperemos y anticipemos el reinado de Dios. Puede que a menudo no podamos evitar el sufrimiento, pero sí que se viva en soledad. Lloremos con lo que lloran, sabiendo que nuestro Dios llora con nosotros hasta Su venida. Como veíamos al comienzo, la esperanza del Apocalipsis es precisamente la desaparición del dolor:

Y oí una gran voz del cielo, que decía: "El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron. El que estaba sentado en el trono dijo: 'He aquí yo hago nuevas todas las cosas'". (Apoc 21,3-5a)